

## CONCLUSIONES

Concluir un trabajo de esta naturaleza es un reto, especialmente por dos cuestiones. En primera instancia, por la diversidad, profundidad y complejidad de los distintos temas tratados a lo largo de este ejercicio. En segunda, por el riesgo de inferir generalizaciones que puedan ser utilizadas para encasillar los valores y las creencias en números o categorías estáticos, sin comprender la singularidad y la diversidad de las juventudes del país. Es decir, es necesario comprender que a pesar de considerar relevantes algunas tendencias, siempre se debe tener en cuenta que las diferencias regionales, etarias, socioeconómicas, identitarias, educativas, laborales, étnicas y culturales, que subyacen, son fundamentales. Una vez planteados este par de puntos a considerar, en las siguientes líneas se trazan los hallazgos más relevantes a partir del primer ejercicio de análisis sobre los datos levantados por la *Encuesta Nacional de Valores en Juventud 2012* para el IMJUVE.

Los contextos en los que se desenvuelven las juventudes en el país transitan por realidades tan disímiles que es aventurado dar uno general. Sin embargo, con algunas excepciones, se puede considerar que el país atraviesa eventos que en su complejidad particular y geográfica inciden en los procesos sociales, educativos y productivos de las juventudes, entre los que se encuentran la violencia, la inseguridad, la pobreza, la desigualdad, el desempleo, la carencia de oferta educativa, la penetración desigual de nuevas tecnologías —brecha tecnológica—, la exacerbación del individualismo, las diferencias de infraestructura y servicios entre ámbitos rurales y urbanos, la multiplicación de modelos de familia, así como la desafección hacia la política y la participación ciudadana, entre muchos otros. De esta forma, si bien los retos no son pocos, ni menores, es necesario considerar cómo estos inciden en las distintas direcciones hacia las cuales tienden los cambios en la cosmovisión y la configuración de marcos axiológicos de las juventudes del país.

En primer lugar, el entorno familiar se ha transformado gradualmente para volverse un espacio que encierra una mayor complejidad, al cambiar la dinámica de sus miembros; parte de ello debido a la incorporación de las mujeres a la actividad productiva y el declive del paradigma del modelo

familiar nuclear completo. Esto ha marcado un amplio impacto en la forma en la cual muchos jóvenes desarrollan su cotidianidad, desde un mayor uso discrecional del tiempo libre ante la falta de supervisión adulta, hasta el exceso de esta, derivado de una cultura de miedo y riesgo, que se ha fomentado por las circunstancias actuales. Por su parte, aunque se ha vuelto debate común en los últimos años decir que la familia ha perdido la cohesión que tenía antes, los resultados obtenidos en la presente encuesta parecen demostrar que esta idea no es del todo correcta. Para la juventud mexicana, la familia sigue siendo el agente socializador básico a partir del cual derivan sus actividades. Además, por el trabajo o trabajos que suelen tener los padres, muchos jóvenes ahora interactúan más con otros familiares, creando nuevos mecanismos para relacionarse. Al mismo tiempo, los hogares monoparentales gradualmente han dejado ser estigmatizados al convertirse en un contexto cada vez más habitual.

La cuestión educativa, por su parte, es un elemento crucial para la juventud. Al ser la etapa de tránsito entre la niñez y la edad adulta, es la herramienta principal a través de la cual, además de adquirir conocimiento, se forma una identidad y se consolida un sentido de pertenencia.

A pesar de que hay evidencia de que el panorama educativo de los jóvenes hoy en día es más favorable y con mayores oportunidades educativas que el que le tocó a sus progenitores, aún se detectan falencias que afectan directamente a las poblaciones más jóvenes. Como se vio durante la encuesta, los avances realizados con el objetivo de lograr una cobertura universal educativa aún son insuficientes y tienen consecuencias importantes en la población en edad de estudiar, sobre todo si se considera que los principales centros de impartición educativa que han reconocido los jóvenes son las escuelas públicas (nueve de cada diez han estudiado o estudian en ellas), instituciones que incrementan su importancia a medida que se consideran los tipos de localidad en la que se encuentran, sobre todo en zonas rurales, donde la educación pública es pilar de la estructura educativa de su población.

La *Encuesta de Valores en Juventud* refleja con nitidez las altas expectativas que tienen los jóvenes en torno a la posibilidad que la educación les ofrece. La esperanza de una mejora en la calidad de vida a través de la educación se ha reforzado en los últimos tiempos, y los jóvenes manifestaron en sus respuestas que esperan que la educación que reciben sea una herramienta relevante que les permita progresar y tener movilidad social, desarrollarse profesionalmente a través de un buen empleo (poco menos de la mitad considera que no tendrá dificultades para incorporarse al mercado laboral si se prepara) que reditúe en un buen sueldo, y ¿por qué no?, en prestigio, que se traduce en el éxito. Por lo cual no es de extrañar que cuando se les preguntó

con qué vinculaban el éxito, la educación fue lo que con mayor frecuencia se les vino a la mente (8 de cada 10 entrevistados piensan que la educación se traduce en éxito).

A pesar de esta postura juvenil progresista con respecto a la educación, actualmente existen otros factores que están afectando los espacios educativos de los jóvenes en México. Con relación al entorno escolar, se encuentran a través de la investigación, fenómenos que incentivan actitudes antisociales y que desestabilizan los espacios educativos de los jóvenes; uno de ellos es la violencia. Seis de cada diez jóvenes encuestados afirmaron reconocer algún nivel de violencia entre compañeros. Una cuarta parte afirma que en su escuela había venta de drogas; una tercera reconoció que en su escuela se consumían drogas, y casi uno de cada dos encuestados mencionó que en su escuela había inseguridad y delincuencia; y a medida que el análisis profundizó en las opiniones de los jóvenes se pudo apreciar una correlación directa entre el tamaño de las poblaciones donde se estudia y la violencia en la zona donde se ubica la escuela.

Estos problemas están lejos de ser nuevos, pero habría que plantearse qué clase de convivencia y entornos se están propiciando para la expansión del conocimiento y el debate de ideas. A la par, vale la pena recordar el incremento gradual en el abandono de las instituciones educativas por niveles, especialmente en la secundaria, donde la mayor parte deja de estudiar, ya sea por decisión, por necesidad de trabajar o por falta de espacios para continuar haciéndolo. Esto debe considerarse, pues aunque solo un 4.6% de los encuestados que ya no estudian lo hizo porque no pasó el examen de admisión, siete de cada diez jóvenes consideran que el acceso a la educación superior debería ser para todo aquel que lo deseara. Las tasas de rechazo en educación media superior y superior son elevadas, cortando muchas veces las aspiraciones de potenciales técnicos y profesionistas del país, pues año con año los procesos muestran convocatorias masivas, donde una minoría es aceptada, especialmente en instituciones educativas centralizadas de alta demanda.

Respecto a los niveles educativos, reconocemos que el hecho de permanecer más años en la escuela no va a la par de las capacidades. No obstante, las experiencias en las formas de interacción, de formación y de sociabilidad de tipo horizontal, en condiciones históricas particulares, constituyen una base para la consolidación de una cultura más autónoma, politizada y abierta a nuevas discusiones coyunturales sobre ampliación de derechos. Así, el nivel de estudios es fundamental para la cosmovisión de los jóvenes, contando con marcadas diferencias entre aquellos que terminan el ciclo con aquellas que dejan algún nivel inconcluso. A lo largo de la encuesta

se observa que aquellos encuestados con niveles de escolaridad más altos tienden a tener menos hijos, uso mayor de métodos anticonceptivos, mayor participación, son más tolerantes a la pluralidad y a la diversidad, etcétera.

Por lo tanto, si bien es importante subrayar que no toda la educación se obtiene a través de procesos institucionales, pues también se aprende en los distintos agentes de socialización, cada vez más jóvenes reclaman acceso a niveles más altos de instrucción, y la oferta se ha visto rebasada. Esto ha tenido como consecuencia que muchas veces los jóvenes intenten insertarse en el mercado laboral, sin éxito, siendo etiquetados y estigmatizados por no estudiar ni trabajar, aun cuando muchos de ellos igualmente participan en actividades como la limpieza de la casa u otras acciones no lucrativas pero igualmente significativas, y, por otro lado, su preferencia sería seguir estudiando (6 de cada 10 encuestados prefieren estudiar a trabajar). La falta de oportunidades educativas y laborales se conjuga con pretensiones materiales cada vez más elevadas, especialmente por jóvenes urbanos, al observar en medios de comunicación, patrones de consumo y de deber ser a los cuales no todos pueden acceder. Son entonces la delincuencia, el crimen organizado, e incluso la migración, fenómenos sociales que han salido al paso para aprovechar el bono demográfico del país.

Como se dijo con anterioridad, para los jóvenes la educación que termine en una carrera profesional es uno de los factores que mayor apreciación tiene actualmente. A este respecto, los jóvenes encuestados respondieron que estudiar y tener una profesión garantiza no solo la obtención de un trabajo, sino que se traduce en una mejora del nivel socioeconómico. Por ello, un segmento significativo de los jóvenes que han dejado de estudiar afirman que seguirían aprendiendo si pudieran, y que si dejaron de hacerlo fue, sobre todo, por consideraciones económicas y la necesidad de trabajar, pero este anhelo de avanzar en la educación es consecuencia menos de una sed de conocimientos que de la esperanza de que se abran mejores oportunidades con más educación.

En cuanto a la población joven que ya está inserta en el ámbito laboral, los datos arrojaron que en promedio cuatro de cada diez jóvenes encuestados trabajan, cifra que aumenta gradualmente con la edad. Entre los 12 a 14 años el 3.8% labora, entre los 15 a 19 años uno de cada cinco jóvenes lo hace, entre los 20 a 24 uno de cada dos y entre los de 25 a 29 siete de cada diez. Aunque los encuestados relacionan en general el nivel educativo con los ingresos o la obtención de un buen trabajo, esta idea comienza a perder fuerza con la edad, ya que a medida que los jóvenes se acercan a los 30 años se enfrentan a la limitada oferta que actualmente existe en el campo laboral, y

donde la competencia por obtener empleo no se define únicamente a partir de la preparación, sino del conjunto de factores que entran en juego.

El panorama laboral para los jóvenes hoy en día no es más complicado de lo que fue para las generaciones previas; las dinámicas han cambiado, y esto está afectando la situación laboral de los jóvenes que se están insertando al mercado de trabajo, estableciendo una situación dicotómica entre las concepciones acerca de las características que idealmente el empleo debería tener y a lo que se enfrentan cuando ya trabajan. En la primera, para los entrevistados, el trabajo debe ser bien remunerado, estable, y en su ejercicio tendría que asegurar servicios médicos y prestaciones laborales. En la segunda, los jóvenes se enfrentan a disyuntivas que relegan a segundo plano la idea laboral que una vida de preparación promete, estabilidad o crecimiento profesional. Al respecto, la prevalencia de la estabilidad (74.3%) en las preferencias del tipo de trabajo hace pensar que los jóvenes aún mantienen su convicción de lo que es el trabajo esperado (solo 19.4% prefiere que el empleo, aunque sea inestable, ofrezca oportunidades de crecer profesionalmente); sin embargo, el panorama se aclara al incrementarse la preferencia por el crecimiento profesional conforme los jóvenes adquieren mayores niveles de instrucción escolar. Esto último, a pesar de la percepción que tienen los jóvenes en general de que en el caso hipotético de la pérdida del trabajo sería difícil o muy difícil encontrar uno nuevo (6 de cada diez aseguraron esto).

Es por lo tanto necesario en el medio laboral, abrir puertas para la incorporación a la vida productiva, dejando atrás no solo los ancestrales prejuicios por la falta de experiencia y prácticas como la elusión del ejercicio efectivo de los derechos laborales de los jóvenes, sino realizando políticas que garanticen un incremento en la oferta laboral para este sector y la estabilidad para los trabajadores. Esto, que parece ser un tema trivial y menor, es fundamental, pues comienza desde entonces a reproducir la desigualdad, que suele agudizarse con el paso del tiempo, provocando estancamientos en los proyectos de vida y de carrera.

Un elemento que ejemplifica la elevada desigualdad en el país se da con el equipamiento en el hogar de diversos aparatos tecnológicos y la conexión a internet. Los resultados arrojados por la encuesta demuestran que es urgente combatir la brecha tecnológica. Recordemos que una cuarta parte de la juventud del país dice no utilizar la computadora ni el internet, cifra que se eleva a la mitad de la juventud que habita en el medio rural. Pero el reto, en realidad, va más allá de la simple posesión de un equipo de cómputo o del acceso a la red, tiene que ver sobre todo con el proceso de adquirir los conocimientos necesarios para la explotación adecuada de estas herramien-

tas. De esta manera, no solo es una cuestión de infraestructura y equipos, sino de acabar con el analfabetismo tecnológico, acercando el conocimiento de su manejo.

Aunque apenas el 37.3% dispone de computadora de escritorio en su vivienda, el 27.1% una portátil y solo el 39.6% cuenta con una conexión a internet en el lugar que habita, la mayoría de los encuestados (6 de cada diez) tienen alguna cuenta en redes sociales. Sin embargo, retomando el medio rural únicamente, la proporción de jóvenes que no tienen una cuenta se invierte: 65.7%. Así, las redes sociales y el internet han tomado un lugar central en la vida de muchos jóvenes, especialmente en medios urbanos, los cuales, además de ocio, también permiten entender cómo se configuran las nuevas relaciones sociales, donde las distancias y la presencia física toma nuevos significados, con consecuencias directas en la forma en cómo conviven. Aunque ciertamente con impactos disímiles entre regiones y estratos y a un ritmo menor, estos han cambiado las formas en cómo la juventud se expresa, aprende y reproduce sus valores socialmente. Sin embargo, es necesario dejar atrás generalizaciones que lleven a pensar que la realidad urbana, donde el avance de las tecnologías de la información es mayor, forme un espejismo que haga pensar que no hay mucho por hacer al respecto en las mismas ciudades, pero sobre todo en la quinta parte del país, que es rural.

En un país tan diverso como el nuestro, las actitudes de tolerancia a la diversidad están a la orden del día. Sobre la intolerancia que pueden ejercer los jóvenes, se observa que es un asunto pendiente, y en el cual se debe hacer énfasis para contrarrestar actitudes que puedan discriminar a determinados grupos. En términos generales se obtuvieron altos porcentajes de rechazo por parte de los jóvenes encuestados, además de los vecinos conflictivos, personas con VIH, pues recordemos que uno de cada dos no querría tener a un portador como vecino. Cuatro de cada diez jóvenes dicen que no querrían tener a un homosexual, así como a gente involucrada en política. A dos jóvenes de cada diez no les gustaría tener como vecinos a personas de diferente raza. También, aunque parece poco el porcentaje en comparación con los anteriores, uno de cada diez jóvenes rechaza a parejas que viven en unión libre e indígenas, respectivamente. Con estas cifras, queda claro que la estigmatización que se tiene hacia algunos grupos muestra un panorama en el que la discriminación es parte de la vida cotidiana de algunas juventudes en México, ya sea por miedo o por ignorancia.

Por su parte, otra desigualdad de remarcarse es la cuestión entre géneros, la cual transita desde las condiciones laborales, los roles en el hogar, hasta discusiones sobre el aborto. Educativamente, el 50.5% de los hombres encuestados está estudiando actualmente, mientras solamente el 46.3% de

las mujeres lo hace; es decir, si se es mujer, las posibilidades de seguir estudiando son ligeramente menores que la de los hombres. Es también importante destacar el avance en grados de escolaridad, al comparar los niveles de los padres y las madres de los encuestados, en los que las diferencias eran más marcadas entre géneros, lo cual muestra que se está cerrando la brecha al respecto. Por su parte, dos de cada diez jóvenes consideran que es justificable golpear a la mujer en diferentes circunstancias. En equivalente proporción son los que consideran que el aborto puede darse si lo desea la madre. En términos generales se observa una tendencia, especialmente en los grupos de jóvenes con mayor escolaridad, a una mayor equidad de género; no obstante, el camino aún es largo para lograr avances significativos que se traduzcan en un ejercicio efectivo de la equidad en nuestras sociedades.

La sexualidad, por otra parte, es concebida de manera distinta entre las regiones del país, entre los estratos y entre los grupos de edad. Se muestra en términos generales una mayor apertura, especialmente en centros urbanos, donde cuestiones como la legalización del aborto, las uniones homosexuales y la libertad sexual en general son discusiones cada vez más frecuentes. Sin embargo, esta discusión no ha ido necesariamente a la par de un ejercicio responsable de la sexualidad, pues, por ejemplo, solo una tercera parte de los jóvenes sexualmente activos no utilizan ningún método anticonceptivo.

En general, se observan posturas que confirman un arraigado conservadurismo en la mayoría de los grupos juveniles, en temas como la adopción homoparental, el aborto y la eutanasia. Aunque sin ser contundente, se muestra una mayor apertura respecto al matrimonio homosexual, pues una tercera parte de los encuestados dice estar a favor, especialmente en el centro y en el noroeste del país. A pesar de ser temas discutidos en los últimos años en diversas urbes, en muchas regiones los debates aún no son materia central de agendas políticas y sociales.

Los procesos anteriores delinean en conjunto los rasgos de un cambio cultural, que se orienta al abandono de las tendencias providenciales y emerge como eje el esfuerzo propio, haciendo énfasis en el individuo más que en la colectividad, donde se muestra que los hábitos de tiempo libre se inclinan más a actividades solitarias y pasivas (dormir, escuchar música, ver televisión), que a colectivas y activas. Por su parte, aunque parece que ninguna otra generación de jóvenes había sido tan libre para tomar decisiones sobre su vida personal, materialmente la dependencia económica a la familia se ha mantenido, alargando el tiempo que tardan en independizarse de los padres. Esta libertad, y acceso a la información, no se ha visto del todo traducida en acciones más responsables derivadas de su cercanía. Así, la creciente autonomía individual y cultural de los jóvenes contrasta con su

mayor dependencia social y económica, lo que trae como consecuencia la prolongación de la socialización familiar y el deseo postergado de tener una identidad adulta.

La investigación muestra que se expresa entre los jóvenes una combinación de valores que a primera vista podría parecer contradictoria: por una parte, se expresa una inclinación más acentuada hacia lo que Inglehart (1977) ha calificado como valores materialistas; es decir, aquellos que están referidos a la satisfacción de las necesidades elementales o primarias. Así, la educación y el trabajo son las aspiraciones más generalizadas, y también, las menos cumplidas. Al mismo tiempo, aparecen valores postmaterialistas: aquellos no referidos a la satisfacción de las necesidades materiales y que tienen como referente la calidad de vida. De esta manera, son los jóvenes el sector más tolerante en la sociedad mexicana: aprecian más que los adultos las diferencias étnicas, religiosas, de preferencia sexual y de ideas políticas, al igual que muestran mayor respeto a los grupos más desfavorecidos. No obstante, aparecen también y al mismo tiempo, elementos de una cultura autoritaria y paternalista. Este hecho es de particular interés: la alta valoración en el discurso que los jóvenes otorgan a la tolerancia y a la participación no se refleja en las prácticas tanto en espacios formales como informales. Ello evidencia un desencanto temprano, un malestar con la sociedad en la que les ha tocado vivir y desarrollarse, que les niega oportunidades.

La investigación marca que el interés de los jóvenes en la política y en asuntos públicos es muy bajo. Lo anterior puede tener múltiples explicaciones, desde el descontento con la democracia, hasta la profunda desconfianza tanto interpersonal como hacia las instituciones. Aunque en meses anteriores un sector de la juventud pareció dar indicios de no ser tan apática como se pensaba, no dejó de ser un fenómeno focalizado en contados centros urbanos y de educación media superior y superior, que después fue perdiendo impulso ante el paso de la coyuntura electoral. De esta forma, se muestra que la familia, la escuela y todos los agentes socializadores han propiciado en cierta medida un declive, o cuando menos una escasa atención hacia las actitudes cívicas, que se ha traducido en una exigua participación en actividades relativas al ámbito de lo público. Parece entonces ineludible retomar la educación cívica desde todos los frentes, tanto escolares, mediáticos, como familiares, para fortalecer la corresponsabilidad gobierno-ciudadanía, con el objetivo de dejar atrás las predominantes formas clientelares de hacer política.

Es conveniente encauzar los esfuerzos hacia un cultura política y de la legalidad, que mejore las formas en cómo los individuos se relacionan con los distintos poderes, no desde una postura jerárquica paternalista, sino todo



lo contrario, partiendo desde una visión horizontal, que coadyuve a retomar la confianza entre la misma ciudadanía y hacia las instituciones. Pero estos esfuerzos tendrían que ir encaminados más allá de coyunturas electorales y tener un respaldo de congruencia, que supere del discurso y se traduzca en acciones contundentes. Es decir, es apremiante que tanto los gobiernos como los ciudadanos dejen atrás los escepticismos y coadyuven en fortalecer un debilitado Estado de derecho. Esto no quiere decir un cumplimiento ciego de las normas, sino una conciencia de que su procuración se traduce en una calidad de vida de los individuos y las comunidades. Pero para que esto suceda es necesario dejar atrás la impunidad, que alimenta todos los días la idea de que las conductas antisociales no tienen consecuencias mayores.

Los retos para la juventud de este país son profusos y complejos, teniendo en cuenta el déficit de la estructura de oportunidades. Es urgente, por tanto, abrir caminos a jóvenes en todos los ámbitos, tanto educativos, culturales, deportivos y laborales, para hacer frente a fenómenos que si bien no pueden ser erradicados en su totalidad, sí puedan ser disminuidos en su influencia. El objetivo debe ser entonces propiciar las condiciones para una consolidación del tejido social que permita sentar las bases para las presentes generaciones, que en poco tiempo serán el futuro de México.

Por último, podemos señalar que no todos los valores tradicionales atraviesan un proceso análogo de cambio hacia la dirección postmaterialista occidental. Igualmente, de ningún modo se puede pensar que porque algunos valores cambian, todas las dimensiones asociadas con ellos lo hacen también. Finalmente, más que juzgarse como bueno o malo, al comparar los valores de antes con los de ahora, lo que se busca es comprender para poder cambiar y transformar, para entender cuáles son las creencias de los jóvenes en el país y cuáles son sus estructuras sociales y cognitivas que permitan hacer un diagnóstico sobre los cómo y los porqués de políticas públicas a futuro que intervengan en las distintas juventudes del país.